

DIRECCION Y REDACCION
Uruguay, 1262 casi esq. YI
APARECE LOS SABADOS
Bajo el Patronato del Consejo Superior
de los Circulos Catolicos de Obreros
del Uruguay
ADMINISTRADOR:
Arnaldo Pedro Parrabére

EL AMIGO

DEL OBRERO Y DEL ORDEN SOCIAL

ADMINISTRACION:
Uruguay, 1262 casi esq. YI
Tel. La Uruguay 1651 (Córdoba)
SUSCRIPCION ADELANTADA

Mensual \$ 0.25
Anual " 3.00
República americana
y España, anual oro " 3.60
Europa, anualidad oro " 4.70

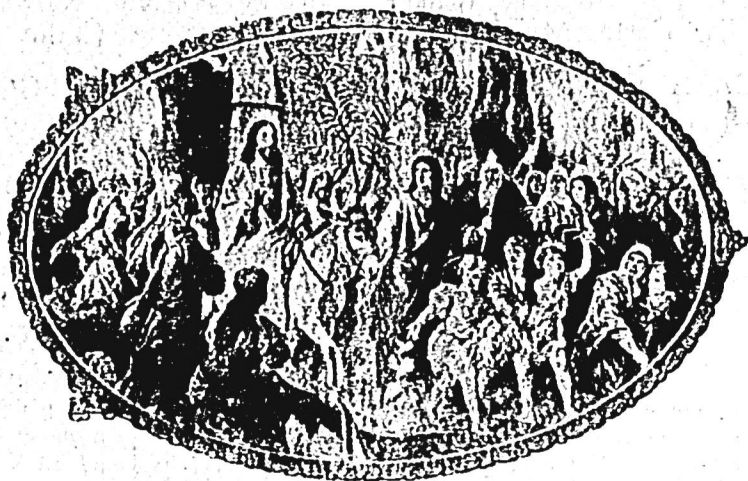
CRISTO VIVE, REINA E IMPERA

Montevideo, sábado 28 de Marzo de 1931

AÑO XXXIII — (PORTE PAGADO)

Núm. 2743.

EL CALVARIO



Triunfal entrada de Jesús en Jerusalén

Como término de esta vida que tanto amamos y paso al gran misterio para los que dudan y a una existencia interminable para los creyentes, es la muerte el hecho soberano que se impone al valor y a la cobardía. Por grande que esto sea, por fuerte que sea el pavor que despierte su presencia, no hay quien vuelva la cabeza cuando se anuncia su proximidad.

Este interés parece aumentar en ocasiones con la grandeza de los que mueren y con la seguridad inmediata de su derrumbamiento. Si sólo esto basta para suspender la atención de las gentes en circunstancias de ejecución de pena capital, aunque el reo sea desconocido de todos, ¿hasta dónde no llegará la ansiedad pública cuando es la víctima una figura ilustre de la historia?

Un condenado a muerte que pasa al lado, camino del suplicio, excita el máximo interés sólo porque ese des-

Acostumbrados nosotros al respeto y piedad que los condenados a muerte inspiran en sus últimos instantes, no podemos entender se manifestara en la plaza del Pretorio el pueblo judío insensible, no sólo a los beneficios recibidos de Jesús, sino también a la compasión que debían inspirar a muchedumbres que no fueran de hienas las humillaciones y dolores del Redentor. Y

tampoco podemos comprender, hechos a aquellos sentimientos de respeto y piedad hacia todos los condenados, cómo en el camino del Calvario y en su cima eran agravados con burlas groseras que hoy no consiente en la normalidad la más triste abyección. No nos es dado comprender eso; mas sucedió porque convenía que el Señor lo sufriera todo, aun lo que a nosotros, experimentados con la miseria, no se nos alcanza, con haber tanta diferencia del sufrir al entender; con ser tan fácil el entender y tan duro el padecer.

La tibia primavera oriental que las brisas del Mediterráneo arrullan avanza. Ambiente, luz, árboles, hierbas, todo habla de renovación y vida. Hasta las piedras del duro camino del Gólgota parecen enternecerse ante los espinos que crecen entre las grietas mostrando sus flores blancas.



Institución de la Eucaristía

graciado va a morir, porque nos va a abandonar para entrar en la región inexplorada del más allá, de la que no se vuelve. Y si el que avanza pálido con la mirada asombrada ante lo que ya vislumbra es un héroe, y un héroe unido a nosotros por vínculos de amor y gratitud, ¿qué no sentiremos al posar nuestros ojos sobre ese rostro que por última vez acaricia la luz del sol con exceso de suavidad que por lo mismo nos parece cruel?

Por esto que se insinúa, no hay en la historia de la humanidad nada que pueda parangonarse con el interés que tiene para los fieles el drama del Calvario. Porque ese joven herido en todo el cuerpo, que llevando consigo el instrumento del suplicio, cruza por las calles de Jerusalén excitando la risa cruel de los desalmados, el temor de los niños, la piadosa curiosidad de las mujeres y el gozo egoísta de los enamorados que saborean su dicha a la sombra del dolor que pasa, es no sólo el héroe aclamado días atrás por Jerusalén como honor de su nación, sino el Redentor del mundo, Hijo de Dios, en nada inferior al Padre Eterno, que sofocó en sí todo gozo y esplendor de gloria para sufrir por mí y para ser escarnecido por mí y para subir por mí entre dos malhechores al lugar del sacrificio. ¡El, que es la alegría eterna



La hora dolorosa de San Pedro



La oración en el Huerto

derillo cabrioleando en el prado, cantan con la brisa, que se harta de jugar con las flores, el himno de resurrección; morir cuando todo se presenta embriagado de vida, vale por una doble muerte.

En estas circunstancias, más aún, en circunstancias de incomparable mayor lozanía y encanto de vivir, subía por la áspera cuesta del Calvario el Hijo del Hombre. Le asistía la plenitud de la juventud, y, sobre todo, la plenitud de la divinidad; Divinidad que a sí mismo se denominó ante Moisés, la Vida, y nada más que la Vida, al revelarle que era "lo que es".

Arriba le esperaban los verdugos. Llegó la hora de la inmolación, que hunde en la miseria de su pavor a los débiles y que en los fuertes pone destellos cegadores, como los de esos mundos que al deshacerse inundan los espacios con el resplandor inmenso de su explosión. Llegó la hora, y el Hijo de Dios, obedeciendo a las crueles órdenes de los sayones, se deja desnudar, para cubrirse inmediatamente con el carmín de su sangre que brota de las llagas abiertas sin piedad al arrancarle los vestidos. Y se tiende sobre el leño. Gruesos y afilados clavos ponen sobre las palmas de sus manos y las atraviesan, rompiendo músculos, venas y huesos a fuerza de martilla-

zos. Y hacen lo mismo con los pies, para llevarlos a la Cruz, suspenderle sobre el agujero preparado en el suelo y dejarle caer en él. ¡Qué fácil es decir esto!; mas, ¡qué océano de dolor no se encierran ahí en breves palabras!

Jesucristo, colgado de cuatro clavos en el árbol de la Cruz, es todo para nosotros. Fe, fe y, fuerza para cumplirla. Credo, Mandamiento, Sacramento.

todo es para nosotros el Crucifijo. Mas a pesar del inmenso dolor que el Crucifijo representa, no hay en los cielos y en la tierra gozo como el que nos anuncia; no hay gozo como el que a mí, cual si fuera el objeto único de la redención, me revela ese Crucifijo. El me recuerda cómo me amó Dios; hasta qué extremo me amó Dios. Hasta la ignominia de la Cruz; hasta la locura de la Cruz.

El que agoniza en el patíbulo es Dios. Lo declararon sus milagros, su vida, su doctrina; lo confirma su pasión y agonía. Y toda la naturaleza. Espléndido es el día. Luce radiante el sol en un firmamento azul. "Pero comienza de pronto — dice Orsini — a apagarse por grados, y su resplandor desfalleciente baña con luz extraña el estéril paisaje, tan apropiado al crimen que se realiza en él. A cada momento se espesan las tinieblas; cae el rocío; las águilas vuelven, lanzando agudos gritos, a sus asilos nocturnos; aullan los chacales en la orilla del Cedrón, y el Calvario, tan triste

ya por sí, toma el aspecto de un gran catafalco negro de mármol. Arriba empiezan a aparecer las estrellas como antorchas funerales, derramando sobre Jerusalén y el Calvario una claridad verdusea que hace enmudecer, atemorizadas, a las gentes".

En ese silencio formidable, el silencio del Universo atónito ante la agonía de su Creador, Jesucristo padece por mí cuanto un Dios Hombre puede padecer. Tormentos y burlas,



Triunfante, después de su muerte

dolor y vergüenza, acoso y desamparo, soledad y compañía para su mayor sufrimiento y de su Madre, la Virgen Inmaculada, y del Discípulo amado con María Magdalena y María Salomé, que viéndole sumido en tribulaciones inmensas nada pueden hacer para su salvación ni para su alivio. ¡Qué cama para luchar con las supremas angustias de la partida! Pendiente de unos clavos, descansando en sus propias llagas de las manos cuando quiere atenuar los padecimientos de los pies; descansando en sus propias llagas de los pies cuando quiere acudir a sus manos. ¡Descansar en sus llagas! Ese es su reposo.

Cosido de pies y manos a un madero, desnudo, exhausto de sangre, abrasado de sed, cercado por los dolores de la muerte, que una crueldad satánica ha exacerbado hasta el frenesí, insultado en la agonía, esos pa-



La muerte de Jesús

decimientos físicos — no nos cansamos de recordarlo — no son los mayores que padece el Corazón de nuestro adorable Redentor. Porque amándonos hasta ahí, hasta sufrir así la última pena en un patíbulo sólo por mi felicidad, veía entonces con sus divinos ojos esta ingratitud mía, que cuando no le ofende bostezo distraído a los pies de la Cruz, mientras la sangre de un Dios que muere por mí enrojece mi frente y los juguetes que llevo en las manos. ¿Quién podrá medir la pena de esta Augusta Víctima al ver la inutilidad de su acerbísimo sacrificio para la inmensa mayoría de los hombres, que desestimándola se iban a perder para siempre? ¿Quién entenderá su aflicción observando cómo desprecia el hombre en su ruindad la gracia que a costa de tanto sufrir nos ganó?

En su inmenso dolor, el Crucifijo representa inmenso gozo para nosotros. Todo lo que tiene de penoso para Jesús, todo eso, tiene para nosotros de placentero y confortador. En la inmensidad de los dolores sufridos por el Hijo de Dios en la Cruz, tengo yo la medida justa de lo que valgo, a pesar de mi miseria, a los ojos de la Sabiduría infinita; porque su Bondad quiso sufrir por mí todos esos dolores, y quiso estar por mí tres horas en la

Cruz, y quiso morir en la Cruz por mí.

No se entiende que sin caer en las tinieblas de la locura se pueda menospreciar la Cruz, ni que el símbolo adorable de nuestra Madre la Iglesia pueda infundir en los espíritus sentimientos de tristeza y aflicción. Porque la Cruz en que padeció y murió por cada uno de nosotros el Omnipotente, nos dice a todos y a cada uno de nosotros que, a juicio de Dios, no valemos menos que su Sangre, de precio infinito.

Vosotros los que sufrís el desamparo de los que os deben lo que son, si tenéis fe y un crucifijo, dejad de llorar! ¡Vosotros los que os sentís atribulados por la pérdida de seres que eran — indubitablemente — vuestra razón de existencia, si tenéis fe y un crucifijo, dejad de llorar! ¡Vosotros los que un día y otro advertís que se desgarga vuestro ser, rendido

Banco Popular del Uruguay

FUND. EN JULIO DE 1902 CAPITAL. \$ 3.000.000.00 28 AÑOS DE EXISTENCIA
RESERVAS \$ 533.614.52

Acuerda préstamos a pagar por mensualidades en condiciones ventajosas. Efectúa cobranza de alquileres, mediante el pago de una pequeña comisión. Administra terrenos vendidos a plazo, etc., y toda clase de operaciones bancarias. Recibe depósitos en Cajas de Ahorros y Alcantías hasta tres mil pesos.

ABONANDO EL INTERES ANUAL DEL 6 %

Directorio: Presidente, Francisco E. Graffigna; Vicepresidente, Dr. Pedro Ricci; Secretario, Julio C. Roselló; Vocales, Antonio Raffo, Arturo G. Strauch, Dr. Carlos M. Percovich, Director-gerente: Carlos Zaffaroni.

CASA CENTRAL:

25 de Mayo 402, esq. Zabala

AGENCIAS GOES:

Avda. Gral. Flores 2381-2383

PERDON

Hay en el término de la Redención un episodio que irradia gozo celestial, gozo inenarrable, en aquella cumbre sangrienta del Calvario que entre tinieblas y dolores nos depa a los hombres, una dicha divina. Si la sangre, la agonía, el desamparo, la desnudez y la muerte de Dios, hecho Hombre, nos valen una inmortalidad feliz, por lo cual no se dio en el tiempo día para nosotros más alegre que aquel en que fuimos rescatados por la inmolación de Jesucristo, nuestro Salvador, pudieramos por nuestra miseria temer que la obra preparada por la infinita bondad para nuestro bien se resolviera en estrago mayor nuestro y ruina definitiva.

Así como la liberalidad del Creador, que concentró en los ángeles tesoros incomprendibles de ciencia, de poder, de belleza y vida, vino a parar en agravación imponderable de la tragedia final, porque la ingratitud lo emponzoñó todo, de igual modo la inmensa caridad de Dios, que llegó a expirar en un patíbulo por el hombre, había de ser casi siempre motivo de mayor desolación, ya que la ruindad de los hombres, despreciando el valor del Gran Sacrificio, agrava las responsabilidades de la caída de Adán.

Parece que los que creen en estos misterios insondables de la redención y justificación de su linaje habían de mantenerse fieles a los ordenamientos de su fe. ¿Cómo no guardarlos cuando sabemos todos que están dictados para nuestro bien y, sobre todo, cuando el que los impuso nos dio cuanto tenemos y luego rescató lo que perdimos con humillaciones y sufrimientos inefables? Si somos de Dios por la creación, por la redención y porque El nos conserva instante por instante la vida, y sabemos que nuestro Bienhechor único merece por su suprema excelencia, por su infinita excelencia, como principio y fin de todo lo existente, nuestro amor, sin reservas ni distracción, ¿cómo no rendirle el testimonio inequívoco de amor cumpliendo su Voluntad, su Ley, sus Mandamientos?

Muy bien está todo esto en la región ideal de la lógica, lógica que de continuo se quiebra en la dura realidad en que nos movemos. Cielos y tierra inducen al espíritu a servir a Dios, pero cuanto los ojos ven arriba y abajo viene empujando a la rebelión. Y cedemos a la seducción de lo mundano. Por esto caemos, ingratos, en la ignominia de pisotear una diez, mil veces la Sangre redentora, cada una de cuyas gotas vale más, incomparablemente más que el universo porque encierra la inmensidad de Dios.

Nuestros pecados personales malogran en nosotros el fruto de la Pasión del Señor. Y agravan así lo indecible nuestra responsabilidad. Reos de esa Sangre adorada, ¿cómo podríamos vivir? ¿Cómo presenciar el declinar del sol de cada día, que nos

aproxima al tremendo del juicio y fallo inapelable? ¿Cómo no estremecerse cada vez que llega a nuestra retina la figura augusta de la Cruz que, con la bondad del Creador, nos recuerda la insondable ruindad del que perece a su sombra, a la sombra de la misericordia infinita?

Por esto, sólo por esto, no nos es dado desesperar, ni temer, ni entristecernos. Mas por ella podemos mirar con ojos radiantes de gozo a esa Cruz, a pesar del infinito contraste entre el Salvador, que con fuerza infinita quiere elevarnos, y nuestro desgano, casi vencedor del Omnipotente, que tiende al abismo. Habla la Cruz de justicia ante el Poder infinito; mas a nosotros, pobres gusanos de la tierra, no sabe hablarnos más que de miserias. Así cuando nos perdona una vez como cuando nos ve perdidos, sin esperanza razonable de salvación, por haber ultrajado el precio sacrosanto de esa misma liberación nuestra. Se nos perdonan, no sólo nuestra rebelión contra el Dios Creador, sino también los pecados de ingratitud contra el Dios Redentor.

Le declara El mismo desde la Cruz. A su lado están clavados dos mallecheros. No se cansan de agravar al Señor. No pueden ofenderle más que con sus lenguas y con ellas se asocian a los verdugos para escarnecer aquel Corazón anegado en un mar de dolores. Así van a acabar una larga vida de crímenes. Acaso no consagraron a su Dios media hora en sus treinta o cuarenta años de excesos. Mas cuando el que los impuso nos dio cuanto tenemos y luego rescató lo que perdimos con humillaciones y sufrimientos inefables? Si somos de Dios por la creación, por la redención y porque El nos conserva instante por instante la vida, y sabemos que nuestro Bienhechor único merece por su suprema excelencia, por su infinita excelencia, como principio y fin de todo lo existente, nuestro amor, sin reservas ni distracción, ¿cómo no rendirle el testimonio inequívoco de amor cumpliendo su Voluntad, su Ley, sus Mandamientos?

Bastó ese ruego, esa oración hecha de fe, humildad y confianza, para que el Señor le mirara compasivo. ¡Acuérdate, — implora, — de mí cuando estuviere en tu reino! Y el Señor le responde. Hoy estarás conmigo en el Paraíso. En el Paraíso de los inocentes, de los puros, de los que fueron fieles a su Dios; en el Paraíso de que fueron lanzados por un pensamiento de soberbia millones y millones incontables de ángeles; en ese Paraíso en el que el Omnipotente muestra todo el esplendor de su pu-

reza, poder y belleza, va a entrar en seguida y va a quedar para siempre el criminal que muere a su derecha, porque en sus últimos instantes, cuando sólo puede pecar ya por desecho o por pensamiento, se vuelve a Jesús reconociéndolo como a su Dios y se acoge a su bondad.

Esta es la justicia de Dios, de la que pretendemos huir. Por un instante de adhesión casi obligada, una eternidad feliz al que malgastó sus años de prueba en la disolución. La confesión de la divinidad del Redentor bastó para su triunfo. Si su desgraciado compañero le hubiera imitado, seguramente se viera como él, en la gloria. ¡Prodigio incomparable!

¿Cómo podrá el hombre entender el misterio de la bondad de Dios? ¿Cómo alcanzará a entender que se pueda olvidar una serie interminable de crímenes por un instante de arrepentimiento cuando el pecado de acción no es posible? Son cosas de Dios éstas. Por ello no las comprenderá nunca la pobre inteligencia del hombre y, sobre todo, no las podrá comprender su corazón mezquino.

En el Derecho del hombre no se admiten nunca estas sorpresas. Acosado por la necesidad, un padre de familia con diez hijos que los ve desnudos y hambrientos mientras al lado malgasta su vecino en un día su pan de dos años, tiene la debilidad de imitar en la oficina en que trabaja la firma de su principal a fin de cobrar unos pesos. Descubierta el intento, farsa, y el pobre falsificador es encarcelado. Era honrado, fué siempre diligente en su labor. No tiene hasta entonces una caída. El amor a los suyos, la pobreza de los suyos, el hambre de sus pequeños, el ansia de darles unas horas de dicha en aquellos días de Navidad, en que todos los niños de su vecindad gozaban tanto, le cegó por un instante. Y allá se encuentra el pobre, recluso por varios años en una cárcel, apartado de sus hijos abandonados. Si a ese desgraciado, que no puede devolver lo hurtado porque nada tiene, y que con devolverlo tampoco había de salvar su situación, le fuera dado recobrar la libertad y el crédito con arrependimiento de lo hecho! ¡Si al que asesinó a un amigo o envenenó a cien para gozar de sus bienes, o al que dio muerte a su rey, desmenuzando sobre su pueblo los horrores de la revolución; si a Robespierre, si a Lenin, si al mayor malhechor de la tierra le fuera dado borrar toda su vida de iniquidades con una lágrima sincera, con un dolor cordial de lo hecho!

Pero nosotros podemos todo eso y podemos aún más, pues con una lágrima, con un instante de contrición, alcanzamos no sólo el perdón de todas las iniquidades cometidas, sino también por el valor de los merecimientos de nuestro divino Redentor, que se nos comunica con el dolor, alcanzamos todo lo que para nosotros ganó

un Dios hecho Hombre y muerto en una Cruz.

Pide el Señor nuestra colaboración para salvarnos; cierto. Pero nosotros nada podemos por nosotros mismos, sin que el socorro de lo alto no se nos adelante y nos siga y acabe en nosotros su obra. Nosotros, abandonados a nuestras fuerzas, no podemos ni desear, sinceramente, empezar a andar. No somos niños pequeños que avanzan tambaleándose entre los brazos maternales, abiertos a su alrededor, sino tiernas criaturas de pecho con el don de la inteligencia y el don de poder amar un poco. Y en esta situación nos exige Dios lo único que racionalmente podemos dar de nosotros, el reconocimiento humilde y amoroso, de su poder y de nuestra debilidad; de que El lo es todo y de que nosotros no somos más que nada. Con esto y con dolores de nuestra locura que nos llevó a retar al Omnipotente, ¡nosotros, pobres microbios perdidos en una gota de rocío!, con avergonzarnos como la Adúltera del Evangelio de nuestra miseria y esperar la regeneración del que puso el rubor en los caldos, todo está logrado.

Ved a ese anciano cubierto de crímenes. Va a expirar. Ya no puede pecar ni con las manos ni con la lengua. Se le ha retirado la vida al fondo del espíritu. Ha vivido ochenta años ofendiendo a su Creador. Las luces de ultratumba empiezan a clarificar en lo más elevado de su ser. Desamparado de cuanto le seducía, se ve como es: miseria, nada. Pero si en esos instantes supremos, movido por la fe, alza sobre su cabeza esa miseria, esa nada, y la levanta humilde a la Plenitud, a la Bondad infinita, los abismos de miseria, de la nada, del pobre agonizante, harán que el océano inmenso del ser caiga sobre ellos, como caerán al vacío los mares, roto el fondo que los sustenta. Porque el Ser, infinitamente bueno, va con infinita fuerza a llenar a la Nada suplicante.

Misterios gozosos los de nuestra Madre la Iglesia. Por ellos todo el macizo incommensurable de nuestra ruindad se trueca en oro. Si la miseria iluminada por la fe y la humildad es merecimiento, ¿quién como nosotros?

María en la Obra de Redención

Desde que el ángel del Señor llenó de celestiales resplandores la estancia en que la hermosa y tierna doncella de Nazaret graba con el fervor de su alma purísima por la destrucción del reino del pecado; María quedó constituida en Madre de la augusta Víctima que había de ser inmolada sobre el ara de la Cruz. No acepta María la embajada del Ángel pensando únicamente en la excelsa prerrogativa de la maternidad divina con que, desde aquel momento quedaba investida; la aceptación del hombre, a sabiendas de que se constituía en Madre de su Víctima, y ofrece la carne y la san-

siempre a la justicia, ante los tristes continuos de la perversidad, al más fe y un crucifijo, dejad de llorar! ¡Vosotros los que os veis atormentados por las angustias de la enfermedad y los terrores de la muerte, amigos, sin valedores, sin fuerzas, esperanzas, porque os ahogáis en el mar negro de la desesperación, si tenéis fe, en que todo eso y mucho más que os padeció voluntariamente por vosotros, precisamente, la infinita majestad de Dios! Y tomando en la mano el crucifijo, asociad vuestras penas a las divinas, como podáis, y cuando vosotros os sintáis más débiles, miserables, abrazaos con mayor violencia a la Cruz, que en la medida que os veáis indignos de la grandeza de Dios, será vuestro el valor infinito de su Sangre preciosa...

Kizkitta,

MISTERIO DE AMOR

Tomamos aquella página sublime de los Libros Santos, donde se recuerda el prodigio del Jueves Santo. Página admirable, impregnada de misterio y de amor.

El Hijo de Dios, con sus discípulos, concluye de comer el Cordero Pascual, lava los pies de los apóstoles para prepararlos al solemne acto de su Hijo crucificado. Abriendo lugar al pan y el vino, lo bendice y repartiéndoselo: "Tomad y comed" les dice: "este es mi cuerpo". "Tomad y bebed, ésta es mi sangre".

Momento sublime! Jesús deja ya de ser el de antes y aparece ante los ojos de los hombres, escondido en el sagrario, donde recibe sus oraciones y suplicas.

¡Ah, cristiano! dobla tu rodilla ante tan sublime Amor. Adóralo profundamente, visítalo con frecuencia y llégate al Altar Santo a fortalecer tu alma con el pan de los Angeles.

Comulga, sí, comulga a menudo con fe, con humildad, con amor. Tienes penas? confíalas a El...

MARIA EN EL CALVARIO

Sentóse la Señora en el Monte Calvario acompañada de las mujeres santas que seguían al Señor, las cuales no daban más consuelo que compadecerse de lo que el Señor padecía; pero ella callando, a ejemplo de su Cordero, y tolerando, pasaba todos sus dolorosos sentimientos. Día los golpes de los martillos con que clavaban al Señor en la cruz, los cuales traspasaban su espíritu espantado con inmenso dolor verle enarbolado en la cruz, y ya de antemano sentía todos cuantos tormentos había de padecer el Señor en cada miembro y juntura, porque todo se anticipaba el indecible amor que le tenía; como estaba débil por los desvelos de la noche y con menos alimento de lo que la naturaleza necesitaba para sobrelevar tantos trabajos, y se había extenuado por el llanto, cuando vio al Señor levantado en la cruz sin poder ella, ni querer el Señor que le viese, y aunque no faltaba a su amor fortaleza para todo, sin embargo, como era Madre, y no divina, sino humana, no pudo la naturaleza con tanto golpe de aflicción; y aunque sin ninguna culpa suya, ni imperfección, sino como compuesta de carne flaca, cayó en los brazos de las que la acompañaban, con el desmayo de pasmo que en excesivos dolores suele sobrevenir a la naturaleza; y estancadas las lágrimas, demudado el color, que

Voluntariamente aceptó y cumplió Jesucristo el oficio de Víctima para reconciliar al hombre con su Creador; voluntariamente aceptó y cumplió María el oficio de Madre de aquella Víctima para cooperar en aquella reconciliación.

El "hágase" con que María contesta a la embajada del Ángel, significa la aceptación de los más grandes dolores que corazón alguno, experimentando el de Jesucristo, haya padecido sufrir en el mundo, y María intenta sólo a redimir con Jesucristo al género humano, sufre en las sombras de la vida de Jesús todos los dolores y amarguras que vibraron en estas palabras: "y una espada traspasaré tu alma"; en los mismos umbrales sufre los dolores que le hacen exclamar: "¡manojito de mi vida, cuando alborce a Jesús la edad de la adolescencia, sufre María todas las amarguras que caben en el corazón de una Madre que cree haber perdido para siempre a su Hijo, y cuando llega el tiempo de la

EL EXTRACTO DE MALTA ORIENTAL

Se vende en Almacenes y Provisiones

Cervecería Oriental

es, a la vez, una bebida agradable y un alimento de primer orden.

Fabricado exclusivamente con Malta de la mejor calidad, por un procedimiento especial, conserva todos los principios activos de la Malta, que le dan el alto valor nutritivo que lo caracteriza.

Contiene VITAMINAS base esencial de salud

daron trémulos sus miembros, sin tener otros rocíos para volver en sí, más que las lágrimas y dolores de las santas discípulas, hasta que el Señor tuvo por bien esforzarse para que la acompañase hasta la muerte; y volviéndose a desprender los ríos de lágrimas de sus purísimos ojos, comenzó nuevo martirio de los dolores con la vista y compañía de su Hijo crucificado. Abriendo lugar a la gente, se llegó la Señora al pie de la cruz con el amado discípulo y las que la acompañaban, y ya de rodillas, ya postrada, ya sentada, ya poniendo los ojos en su Cordero, ya bajándolos, hacia en su alma el oficio de remedadora de los pecadores, ofreciendo por ellos al Padre Eterno aquel Hijo, su sangre, sus dolores, con un ardentísimo deseo de la salvación de todos.

Tomé de Jesús (Siglo XVI).

LA ULTIMA CENA

Jesús habla, y estas son sus palabras: "Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de mi pasión". Es un suspiro que se exhala del corazón de Jesús que se instala en este banquete del cual espera cosas grandes. El corazón del Maestro está lleno de vibraciones y es un corazón melodioso y todo contacto con un nuevo acaecimiento hace resonar en él la eterna ternura. La habitual gravedad de sus razonamientos no permitía a Jesús desahogarse así. La obra era sobrado apremiante. Ahora va a morir, y la inminencia de su muerte, la proximidad de la separación reclaman efusiones sin reservas; siente necesidad de manifestarse totalmente, y la oleada de pensamientos y de fieros afectos que llenan su alma buscan por donde salir. "Ardientemente he deseado comer esta pascua con vosotros". Para él es la pascua postera; es también para su pueblo, la última pascua legal. Mañana el judaísmo será herejía; hoy, todavía, es un anuncio.

Jesús se siente ya muerto, y quiere establecer la conmemoración de su partida; Jesús se siente ya vivo de su vida perdurable, y distribuye los frutos de esta vida a la humanidad. Mientras centellea en el techo la lámpara de su última vispera

La muerte de Cristo

Hay dos fechas en el año, que avasallan, por su imponente majestad, a la humanidad entera: Belén y el Calvario, es decir, el nacimiento de Cristo y su muerte sacrosanta.

Dos fechas históricas, que han cambiado por completo la suerte del mundo y el curso de los siglos.

Esto sólo bastaría, si no hubiera otras pruebas, para establecer, en forma indiscutible, la divinidad de Cristo y su misión de redentor.

La primera se impone en el mundo, como el sol, haciendo reverdecir la vida en todas las almas, haciendo vibrar todos los corazones al unísono de un entusiasmo soberano, que desborda en todos los pechos.

La segunda avasalla, con el recuerdo de sus sangrientas agonías, los corazones y las almas de todos los hombres, aun de aquellos que se dicen "incrédulos", pero silentes, a pesar, el descalceamiento que, con el

autor de la vida, padece todo el universo...

En visperas de la gran tragedia del Calvario, hablemos algo de la muerte del Hombre-Dios, no como quien enseña, sino como quien traduce algo del sentimiento que en estos días, embarga a todas las almas.

Cuando los discípulos de Juan Bautista preguntaron a Cristo: "¿Tú eres el que ha de venir, o esperamos algún otro?" Jesús les responde: "Id y decid a Juan lo que habéis visto: los ciegos ven, los sordos oyen, los baldos andan, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados".

Y bastó esta prueba, de su poder y bondad, para dejar establecida su divinidad en la conciencia de Juan y de sus discípulos. Aun no había subido a la Cruz, ni resucitado.

Pero si esos portentos y milagros, que lo mostraban al mundo como soberano de la vida y de la muerte, eran suficiente prueba para demostrar

su corazón se estremece ante lo que va a decir y lo que va a hacer. Un gozo de muerte invade al alma de Jesús.

Cuando Jesús hubo dicho: "Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros", añadió: "Y tened por cierto, que ya no la comeré otra vez hasta que la Pascua tenga su cumplimiento en el reino de Dios...". Hay, pues, una doble etapa; la pascua judaica se transforma en pascua eucarística; la pascua eucarística se transformará un día en pascua celestial. Para Jesús, que también comulga, esta última transformación está ya muy cercana. A los discípulos, los de Palestina y los de todos los tiempos, el nuevo festín aparecerá como un memorial. Jesús halla el medio de hacerlo punzante y consolador sobre toda ponderación, porque al recuerdo que renueva el pasado añade la eficacia de la presencia. Llena antes que se produzca el vacío causado por su partida; proporciona el consuelo para lo venidero; no nos dejara huérfanos; eterniza entre nosotros su traspaso; va a establecerse su morada perpetua; y en un humilde festín conmemorativo, toda la realidad del Don divino será el tesoro de las almas. Jesús, pues, "tomó el pan, dió gracias, lo partió, y dióselo, diciendo: Este es mi cuerpo, el cual se da por vosotros; haced esto en memoria de mí. Del mismo modo, después que hubo cenado, tomó el cáliz, diciendo: Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre, que se derramará por vosotros". (Ev. de San Lucas, cap. XXII).

La fe, la adoración y el amor, es el triple homenaje que exige de nosotros, y tiene de hecho a él, como Dios, como Redentor del mundo y único Salvador de los hombres!

Fray Luis Córdoba.

CRISTO REDENTOR

Por Juan Vázquez de Mella

La sociedad no se salva más que por el espiritualismo. Pero, ¿con qué espiritualismo se salva? No será con aquel con que empezó a perderse. ¿Es con el espiritualismo vago, incoercible, como el de los deístas del siglo XVIII, que se vino a concretar en la profesión de fe "del Vicario saboyano" o del Ser Supremo de Robespierre? ¿Es que esta es la hora de esa clase de espiritualismo? No; el espiritualismo que puede salvar la civilización es el que formó el espiritualismo cristiano, y para decirlo sin eufemismos, católico, y católico en su integridad, con todas sus afirmaciones y consecuencias. Para sostenerlo no basta que afirmemos a Dios ni como deístas ni como teístas como le afirma siempre la razón cuando no se eclipsa la Idea de las ideas de Platón, el Motor inmóvil de Aristóteles, el Ejemplar eterno de San Agustín, el Acto puro de Santo Tomás, el Productor improducido de Lulio y de Pascual, el Postulado que necesita Kant para sostener el orden moral, cuando había derribado el orden ontológico; no basta que sea Aquel que la misma negación impla contempla temblorosa como una visión lejana al llegar al océano de lo incognoscible. No, es el que proclama el mismo odio con sus teólogos invectivas no; es necesario que además del Creador Omnipotente que deslumbra con su grandeza al entendimiento humano, sea el Redentor de los hombres, el que llena el abismo, el abismo del corazón, el que recoge las lágrimas y los dolores humanos, y los sube a la cruz, y los bebe en forma de hiel

SOTANAS Y MANTELES
SE CONFECIONAN
Se venden paños merinos y alpacas
Casa SANTIAGO COSTA
Av. 18 de Julio, 505, Esq. Vázquez
MONTEVIDEO

YERBA ARGENTINA
La más exquisita

ACEITE LIBERTAD
Siempre alta calidad

EL AMIGO

NO APARECERÁ EN SEMANA SANTA

Comenzando mañana la Semana Mayor de la Iglesia y coincidiendo con los días santos la impresión y distribución de EL AMIGO, nos vemos en la imposibilidad de ofrecer nuestro periódico el sábado 4 DE ABRIL, desde que, los talleres donde se imprime, no trabajan en estos días, y otorgan un merecido descanso a sus obreros.

Montevideo, 28 de Marzo de 1931.

LA ADMINISTRACIÓN.

PIDA EL GRAN VERMOUTH OYAMA

su guarda, y nos reunirá donde la vida no acaba con los padres que lloran. La esperanza ese agente misterioso del progreso, que fecunda la tierra con las lluvias de lo alto; y después de conquistada una virtud, nos enseña otra bella y más vecina del paraíso, donde el alma nada espera porque de nada carece.

La caridad por fin, que hace de toda la humanidad una familia y de todo hombre un hermano; la caridad que nos dá a Dios por padre y nos hace herederos de los bienes celestiales; la caridad que dá a los desvalidos, a los enfermos y a los huérfanos una virgen por hermana, y conduce al misionero a morir al pie de la Cruz en los desiertos. La caridad, manantial de toda civilización y salvaguardia de toda libertad.

Esas tres grandes virtudes contienen toda la verdad. Nada hay más allá, esa es la palabra de Dios. Esa es la palabra, esa es la enseñanza que estamos invitados los católicos a recoger en estos días santos en los templos: pero para que la palabra no caiga en suelo estéril, para que la enseñanza produzca sus frutos inapreciables, es menester que el auditorio se muestre digno de la doctrina que recibe.

Y al expresarnos así, no queremos referirnos a la purificación de la conciencia por el arrepentimiento, que aleja las almas del pecado para aproximarlas a Dios. No es dado al escritor público usurpar el ministerio del sacerdote, ni entrar en el de los secretos de ese tribunal interior, que nos acusa a fin de que podamos merecer la absolución. Pero hay algo que está al alcance de todos, algo que pertenece, por decirlo así, al dominio público; y lastima la vista tanto cuando ofende el buen gusto en estos países. Aludimos al lujo desplegado por una porción del sexo, reputado por razos como el más piadoso en todas partes.

Por lo que hace al sentimiento religioso, somos de parecer, que salvando la tradición el sexo débil es en verdad el más fuerte; y católica, la mujer es la que salva la civilización en Sud América. Si no opusiera ella su fe invencible a la propaganda del error, y si a su fe no asociara las prácticas que les imponen los preceptos, no habrían quedado ni vestigios de las creencias en estas maldichas repúblicas. La mujer ha reputado en ellas las tradiciones del paraíso. Ella es la tentada, y rechaza resueltamente la tentación, sin hacer caso ni de la doctrina ni del mal ejemplo del tentador, aunque sea este un esposo. En esto obra bien por cierto, pues ama a Dios sobre todas las cosas.

Pero el lujo en los templos y en los días santos están en manifiesta contradicción con las virtudes cristianas, que nos complacemos en reconocer en el bello sexo. Serán hermosas cuando se quieran las modas de París; pero todas las cosas tienen su

-Si quieres limpiar como me dice, loxolice, señora, loxolice. -Limpie con LOXOL

Gran regenerador de la sangre, cura radicalmente todo mal venéreo. Pruébelo y no se arrepentirá.

SEMILLAS
Nuevas de Hortalizas y flores.
Porotos Italianos para chauchas.
CASA PELUFO
AGRACIADA 2251
(Frente al Palacio Legislativo)
Teléfono: 10
La Uruguaya 10 — Aguada

DEPURATIVO DEL Dr. SITRA
Gran regenerador de la sangre, cura radicalmente todo mal venéreo. Pruébelo y no se arrepentirá.

LA CASA MEJOR SURTIDA DE ARTICULOS RELIGIOSOS

ULTIMA NOVEDAD
Rosario de la vida de Santa Teresita del Niño Jesús aprobado por la oficina central de Liseux desde 0.60 hasta \$ 20.00 c/u.

FABRICA DE VELAS
Viuda de Cacciatori
1618 — Rio Negro — 1622
MONTEVIDEO

LA HIGIENICA

MUDANZAS-TRANSPORTES
DEPOSITOS PARA GUARDAR, CONSERVAR MUEBLES

Nuestros carros cerrados protegerán sus muebles del Sol — la Tierra — la Lluvia
Grandes Depósitos Guarda-Muebles
PLAZA INDEPENDENCIA 811 - 813

Arnaldo Pedro Parrabère
REMATADOR PUBLICO
Oficina de Publicidad - Seguros - Dinero sobre Hipotecas. Acepta los cargos de Apoderado y Administrador de Bienes.
Asuntos Judiciales y Administrativos, bajo la dirección del doctor ENRIQUE JOSE MOCHO. Administración de propiedades. Tramitación de sucesiones - Redacción de testamentos.

ESCRITORIO: Calle URUGUAY 1262 cas. 51
Tel. Uruguay 1611 (Córdoba)

RESIDENCIA: BULEVAR ESPARA 2670
POCITOS

y vinagre; es necesario que sea Aquel que tomó nuestra carne y aceptó las consecuencias de nuestras culpas, y santificó y divinizó el dolor, y dejó caer sobre el odio, las grandezas del amor.

Es necesario que el Redentor venga en cierta manera de nuevo a nosotros, y que descendiera hasta el fondo de los corazones y los haga suyos. Y ¿no habéis observado que, ante el alma cristiana, no se presenta ahora con dulce calma, mostrando el corazón, foco de todos los grandes amores, sino que con los ojos nublados por el dolor, con el rostro exangüe, con las espaldas desgarradas las sienes, abriendo los labios cárdenos, como si quisiese decir que tiene sed en un mundo de egoísmos y de odios, levanta la cabeza el Cristo de la Agonía ante las muchedumbres y las mira fijamente, y con mirada dulce contempla un horizonte sombrío que se alza sobre su divina cabeza?

Eso parece que demuestra que esta es una hora de congoja mortal para las sociedades humanas para la sociedad europea, y de la cual va a tener que participar esta nación.

hubiera renunciado a sus derechos, cuando vemos a nuestro Señor Jesu-Cristo perdonando a sus verdugos y prometiendo el paraíso al pecador arrepentido.

¡Un Dios ofendido que paga nuestras deudas, un Dios que muere y sufre antes de morir, los tormentos más atroces! ¡Desgraciado del hombre que no siente la grandeza del divino sacrificio! Las luces de la verdad no han alumbrado jamás la inteligencia, el fango del vicio ha petrificado el corazón del que no ve y no ama, cuando tiene delante de sí las cruces del Calvario.

La religión cristiana es una religión de amor, por eso ha adicho Tertuliano que toda alma es naturalmente cristiana. El gran mandamiento del Evangelio es un mandamiento de amor, Jesu-Cristo, consumando en la Cruz el misterio de la redención, es Dios mismo que ama al hombre y le perdona. ¿Y qué pide al hombre el que bajó del cielo para regenerarlo? Una sola cosa: que ame. Amar a Dios, amar al prójimo, esa es toda la ley, y el apóstol predilecto no se cansaba al fin de sus días de repetirla a sus discípulos.

¿Y es duro acaso para el alma del hombre el cumplimiento de esa ley? ¿Cuando nuestro corazón se desprende de las ligaduras que le atan a la tierra, para remontar a esas alturas en que se encuentra con el Creador, y le abraza con sus más santas y puras afecciones, sufrimos acaso algún tormento? Los amores que nos unen a las cosas y a las criaturas de este mundo, ¿están por ventura tan desnudos de amarguras, que no sintamos jamás la necesidad de elevar el espíritu a regiones más serenas?

Verdad es que la culpa nos inefundia. Datan de muy atrás las causas del mal que lamentamos; el odio es vecino muy antiguo en la humanidad; ese es el pecado original de toda rebelión. Que los que se consideran los mejores examinen su conciencia, y para que la obra de la penitencia se realice, no tendrán que golpear el pecho ajeno. Seamos, lo repetimos, severos con nosotros mismos, indulgentes con los otros; la misericordia no se alcanza sino por los que saben practicarla.

La fe, la esperanza, la caridad, son las tres grandes virtudes; madres de las otras, son los tesoros con que el Salvador dotó a los hombres, a fin de que, vencido el autor de su primera caída, no les encontrara el adelante desarmados. La fe que nos pone en posesión de las cosas infinitas e invisibles; que trocará un día cada lágrima de nuestro dolor, en una perla de la corona inmortal de los escogidos, la fe que nos muestra a Dios al través de las tinieblas que nos circundan.

La esperanza, sublime consoladora de todo infortunio, que hace del mal aceptado con resignación una joya más valiosa que el bien poseído con orgullo; la esperanza que nos muestra la estrella luminosa en la noche de la borrascosa y el faro de la montaña en la hora del naufragio. La esperanza que convierte al niño perdido por la madre dolida en el ángel de

tiempo y su lugar. Una Iglesia no es teatro. Cuando visitamos una familia, consternada por la pérdida de algunos de sus miembros, creemos insultar su dolor si fuéramos a ostentar el lujo en la casa del duelo. La muerte del Salvador del mundo, del padre de la familia humana, exige acaso menores respetos?

Nosotros conocemos una moda de París digna de ser imitada. En estos días los templos están llenos de gentes piadosas, que escuelan con recogimiento y amor las palabras de los célebres predicadores de aquella gran capital; pero no escogen por cierto las señoras esa semana para lucir sus trajes en los templos. Asisten a ellos, vestidas como conviene a los que comprenden la santidad del lugar y de los misterios conmemorados por la Iglesia en estos días: funebres. Verdad es que las modas nuevas salen a luz entonces también; pero en los Campos Elíseos, no en torno de los altares; y las personas que ese paseo frecuentan ya que hagan una cosa digna de censura en todo país católico; por lo menos no es al pie del Dios Crucificado donde van a probar que no han renunciado a las vanidades del mundo ni a sus pompas. ¡Y extrañáremos después que los templos se profanen!

Ese lujo en semejante lugar es más que un vicio, es un escándalo; y así de aquellos por los que viene el escándalo! ha dicho Jesu-Cristo. Los extranjeros lo critican con fundamento y es ya tiempo de hacerlo cesar. Reconozcamos sin embargo que el vicio no es la regla, y que no son pocas las personas que, además del motivo religioso se abstienen de incurrir en él por el respeto de lo que llaman las conciencias los franceses.

Una de las causas, y no la menos poderosa, de las desgracias que sufrimos, es lo que se llama el respeto humano; esa flaqueza de los ánimos, que les hace cómplices de lo mismo que condenan; y unas veces por no chocar con la moda, otra por no hacerse impopulares, arrastran a hombres y mujeres a remolque de los vicios y a preocupaciones dominantes. Tengamos los católicos el coraje de nuestra creencias, no por una ostentación que la religión misma repugna, sino por que toda buena idea sea una influencia saludable y todo bien sea un ejemplo.

De una sociedad cuyos miembros se avergüenzan de confesar y practicar su religión, puede asegurarse que se halla en las vías de una incurable decadencia; y el Salvador mismo no ha declarado que se avergonzará también de los que le nieguen, cuando debieran defenderle.

No neguemos a nuestro Dios en la hora en que sufre la afrentosa muerte de la Cruz, si no queremos llorar después amargamente como sucedió a San Pedro en el pretorio. Reconocamos a nuestra madre en la Inmaculada Virgen que siente despedazarse

do su corazón en el Calvario; y presentemos al hijo divino la ofrenda de nuestro arrepentimiento y nuestras aflicciones. María es la madre compasiva de la humanidad doliente, el refugio y el consuelo de las almas angustiadas.

Una semana santa comprendida es decir, en que el cristiano abre sus ojos a la luz y su conciencia al arrepentimiento, puede influir en su suerte de una manera decisiva; y más de un pecador, inspirado por la gracia, puede oír resonar en su favor las palabras misericordiosas, con que recompensó el Señor agonizante la fe del buen ladrón: Hoy serás conmigo en el Paraíso!

EL BUEN LADRON

El Calvario es la cátedra eterna, el trono de la paciencia, la cumbre de la humanidad, y es también el más formidable confesionario que vieron los siglos. Cristo no está en la cruz como lo pintan los grandes artistas, limpio y bello; el Maestro ha subido al patíbulo con la carne hinchada por los bárbaros azotes del Pretorio. Su cuerpo es una pura llama; la sangre, el sudor y el polvo embadurnan y afean. Toda la nobleza exterior de Jesús padece vicio. El pueblo lo insulta, los gobernantes condenan, las torvan intenciones de la gentuza farisaica le deshonran y los soldados le martirizan en afrentosa cruz. A cualquiera que no lo conozca le parecerá absurda la idea de que el esclavo abatido, blanco de todas las miserias, que está pendiente de la cruz, sea compañero de Cristo.

Dominando el griterío de la canalla, la voz de uno de los ladrones crucificados hiere a Jesús, y la blasfemia que se amasa con hiel de desesperaciones rechina en el lugar siniestro:

“¿Tú no eres lo que dices, si no, sálvate y sálvanos!”

Y el otro ladrón, en cuya alma brilla la humilde solidaridad del suplicio, increpa al desenguado: “¿No temes a Dios ni aún estando como estás?”

Dimas, en el terrible abandono del martirio, apoya sus dolores en los dolores de Jesús... y pasa por su alma una brisa de consolación al sentirse compañero del Crucificado.

Tú y yo estamos muy bien condenados por nuestros delitos, pagamos lo que debemos, pero éste es inocente.

El Corazón de Jesús recibe la declaración de su inocencia y busca al corazón de Dimas. Dimas, entre las espaldas del suplicio, ha producido la flor de su palabra. Jesús en la tormenta de los dolores ha hecho brillar el sol de la fe para pagarle a Dimas el obsequio. Ya son hermanos para toda la eternidad de eternidades. Dimas cree:

“Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino...”

Para la creencia de Dimas es preciso inundarse en un mar de luz sobrenatural: Dios es Todopoderoso y Cristo está horriblemente llagado; Dios es el vértice del honor y Cristo es la deshonra; Dios es la gloria, vibración perdurable de todos los placeres, y Cristo es el foco de todos los dolores. ¿Cómo es posible que Cristo crucificado sea Dios? Dimas cree y lo proclama y lo grita.

“Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino...”

No, no hay en toda la historia cristiana un rayo de fe más fuerte... Y aunque las punzadas de la corona y los clavos, desgarradores y la sed febril y el infinito sufrimiento conturban y enloquecen y aniquilan, Jesús es antes que Varón de dolores, Varón de Justicia, Varón de amor, y por eso le sobrenada en la carne rota y en el espíritu angustiado,

una solemne divinidad que asoma a sus labios moribundos, para disponer del destino inmortal de los almas.

“En verdad, te digo, que hoy estarás conmigo en el Paraíso”.

¡Ah, hermano ladrón; bendito seas tú, y bendita tu cruz, retoño maravilloso de la del Maestro!...

Yo me figuro a Jesús abriendo por primera vez a las almas de los hombres las puertas de la gloria; y para que se cumpla el destino de su doctrina redentora, veo a Cristo como un pastor inmenso que, herido del lobo infernal, llega al ciclo cuyos ángeles ven absortos a su Dios ensangrentado con la oveja del buen ladrón en sus hombros. Es el símbolo de la humanidad redimida.

Y puesto el pensamiento de rodillas ante la escena del Calvario, se medita, con la clara visión que tiene el sencillo perfume de la verdad cristiana, en el incomparable confesionario de la cruz: el penitente, Dimas; el sacerdote, Cristo; la materia confesable, los delitos del ladrón; la contrición y el amor, en las palabras. “Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino”.

Loremos con María la muerte de Jesús, que las lágrimas por esta causa derramadas son signo de amor y el amor purifica las almas.

P. J. Pérez.

ver sufrir al Hijo de Dios e Hijo tuyo? ¿No se deshace tu alma al sentir las ingratitudes de los hombres, al ver las iniquidades de todos los tiempos?... Pues esas ingratitudes y estas iniquidades son las que han desgarrado las inocentes carnes de Cristo, son las espigas que le han taladrado las sienes, son los clavos que le atraviesan los pies y las manos, son la lanza que usa Longinos para atravesar el pecho de Jesús, son las burlas las hefas, los escarnios de la turba desenfrenada y loca que ayer cantaba himnos de júbilo: “Hosanna al Hijo de Dios” y hoy pide ante el pretorio “la muerte de su Rey”. Crucifícale, crucifícale.

Todas estas escenas, todos estos gritos, todas estas locuras sentía y veía María; penetraba en su corazón, se clavaban en su alma, le desatrababan el espíritu y, a pesar de la grande intensidad del dolor, permanecía inmóvil al pie de la Cruz. ¡Oh, amor! ¡qué fuerte eres, pues vences a la muerte, y María al pie de la cruz venció al dolor, pues fue más fuerte que él!

¡Lloremos con María la muerte de Jesús, que las lágrimas por esta causa derramadas son signo de amor y el amor purifica las almas.

P. J. Pérez.

PROFECIAS

Era la última tarde antes de la Pasión.

Jesús salía de Jerusalén por la puerta de Betania, emprendiendo la subida del Monte Olivete.

Seguíanle sus discípulos a corta distancia, pues no quisieron turbar la profunda tristeza y las gravísimas meditaciones en que el Maestro estaba absorto.

El sol doraba con sus últimos destellos la áurea techumbre del famoso templo de Jerusalén, y se que-

LA SEMANA SANTA

La prensa sería infiel a su misión, si no elevara la voz en los días santos en que estamos para hablar a sus lectores de ese grandioso y divino espectáculo, representado en el Calvario, que la Iglesia enlutada ofrece en todas las sociedades civilizadas a la meditación de los católicos.

El alma del hombre es inmortal. Tal fue, tal es la creencia de la humanidad en todos los siglos, en todos los países, incluso aquellos que ya centados en las tinieblas de la ignorancia. Manchada esa alma por la culpa del primero de nuestros padres, inclinado el hombre al mal desde que nace, fué menester que descendiera del cielo el que había de realizar una epifanía proporcionada a la magnitud de la falta cometida. Dios bajó a la tierra, encarnó en el seno sin mancha de una virgen, se hizo hombre; y el cordero inmaculado padeció y murió en la Cruz por la salvación del linaje humano. Ese es el misterio de la redención; y ese misterio, impenetrable en sí mismo, ilumina nuestros caminos en el mundo, nos explica a la vez nuestro origen, nuestros deberes, y nuestro destino. Es como la estrella que guiaba a los pastores y a los reyes a la cuna del Mesías.

Arrojada la criatura rebelde del paraíso, por no haber resistido a la tentación del genio del mal, por haber escuchado las palabras seductoras y engañosas de las primeras de las madres, el hombre gana el pan que le sustenta con el sudor de su frente, la mujer pare en el dolor; uno y otra lloran al nacer y sus ojos se humedecen cuando espiran; así es como el hombre y la mujer se encaminan por el valle, que riegan con sus lágrimas, al nuevo paraíso prometido a sus esperanzas.

Perdida la primitiva y fácil inocencia, estamos condenados a los esfuerzos laboriosos de la virtud. Buscando en vano la felicidad cuando sólo nos es dado hallar el consuelo en esta vida. ¿Cuál es el hombre que no sufre? ¿Cuál la mujer que pueda decir de sí misma que las lágrimas no empañarán jamás el brillo de sus ojos? La vida es un combate ha dicho Job; y toda criatura dá en sí propia de ello testimonio. Los misterios del dolor son los secretos de la vida; y si queremos comprender nuestra existencia y sus dolores, visitemos la Cruz del Redentor; esa Cruz, símbolo de toda luz, de todo bien y de toda verdad.

Ahí está, clavado en ella, coronada de espigas la divina sien, herido su costado, el que sufrió todo el ultraje de los hombres a los que trafa del cielo todos los tesoros. Ahí está el que nos amó hasta la muerte para enseñarnos a vivir, ahí está la misericordia de Dios, abriendo sus brazos a todos y ofreciendo a todos un refugio. La justicia del cielo parece que

La prensa sería infiel a su misión, si no elevara la voz en los días santos en que estamos para hablar a sus lectores de ese grandioso y divino espectáculo, representado en el Calvario, que la Iglesia enlutada ofrece en todas las sociedades civilizadas a la meditación de los católicos.

El alma del hombre es inmortal. Tal fue, tal es la creencia de la humanidad en todos los siglos, en todos los países, incluso aquellos que ya centados en las tinieblas de la ignorancia. Manchada esa alma por la culpa del primero de nuestros padres, inclinado el hombre al mal desde que nace, fué menester que descendiera del cielo el que había de realizar una epifanía proporcionada a la magnitud de la falta cometida. Dios bajó a la tierra, encarnó en el seno sin mancha de una virgen, se hizo hombre; y el cordero inmaculado padeció y murió en la Cruz por la salvación del linaje humano. Ese es el misterio de la redención; y ese misterio, impenetrable en sí mismo, ilumina nuestros caminos en el mundo, nos explica a la vez nuestro origen, nuestros deberes, y nuestro destino. Es como la estrella que guiaba a los pastores y a los reyes a la cuna del Mesías.

Arrojada la criatura rebelde del paraíso, por no haber resistido a la tentación del genio del mal, por haber escuchado las palabras seductoras y engañosas de las primeras de las madres, el hombre gana el pan que le sustenta con el sudor de su frente, la mujer pare en el dolor; uno y otra lloran al nacer y sus ojos se humedecen cuando espiran; así es como el hombre y la mujer se encaminan por el valle, que riegan con sus lágrimas, al nuevo paraíso prometido a sus esperanzas.

Perdida la primitiva y fácil inocencia, estamos condenados a los esfuerzos laboriosos de la virtud. Buscando en vano la felicidad cuando sólo nos es dado hallar el consuelo en esta vida. ¿Cuál es el hombre que no sufre? ¿Cuál la mujer que pueda decir de sí misma que las lágrimas no empañarán jamás el brillo de sus ojos? La vida es un combate ha dicho Job; y toda criatura dá en sí propia de ello testimonio. Los misterios del dolor son los secretos de la vida; y si queremos comprender nuestra existencia y sus dolores, visitemos la Cruz del Redentor; esa Cruz, símbolo de toda luz, de todo bien y de toda verdad.

Ahí está, clavado en ella, coronada de espigas la divina sien, herido su costado, el que sufrió todo el ultraje de los hombres a los que trafa del cielo todos los tesoros. Ahí está el que nos amó hasta la muerte para enseñarnos a vivir, ahí está la misericordia de Dios, abriendo sus brazos a todos y ofreciendo a todos un refugio. La justicia del cielo parece que

Sanatorio Obstétrico Dr. Melchor Pacheco

EXCLUSIVAMENTE PARA HEROGIA, ENFERMASAS Y PARTOS

ATENDIDO POR HERMANAS DE CARIDAD Y NURSES

FUNDADO EN EL AÑO 1921
Calle AGRACIADA, 2965 Tel. Uruguay 1610. (Aguada)
NOTA: Es conveniente solicitar plazas con anticipación

BANCO DE LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

INSTITUCION DEL ESTADO

Deposite sus ahorros en la Casa Central, las seis Agencias de la Capital, la Caja Nacional de Ahorros y Descuentos o las cincuenta Sucursales que el Banco del Estado tiene establecidas en el país.

Las tarifas de los intereses y el mecanismo de los depósitos son los más convenientes y cómodos

El Estado responde de todas las operaciones del Banco

El Banco de Crédito

Misiones, 1423, SU AGENCIA N.º 1, calle Grecia N.º 481, Villa del Cerro, SU AGEN. CIA N.º 2, Avda. Gral. Rondeau esq. Lima y SU SUCURSAL de la ciudad del Salto

abonarán a partir del 1.º de Enero de 1931 los siguientes tipos de interés:

CAJA DE AHORROS a la vista 6 % anual hasta la suma de ... \$ 1.000
CAJA DE AHORROS a plazo 6 % anual hasta la suma de ... \$ 1.000
Por sumas mayores convencional.

DEPOSITOS A PLAZO FIJO de 3 meses 3 % anual hasta la suma de \$ 5.000
DEPOSITOS A PLAZO FIJO de 6 meses 4 % anual hasta la suma de \$ 5.000
DEPOSITOS A PLAZO FIJO de 1 año 5 % anual hasta la suma de \$ 5.000
Por sumas mayores convencional.

CUENTA CORRIENTE: a la vista 1 % anual.

Si durante EL TRIMESTRE los saldos a favor del depositante han sido siempre superiores a \$ 5.000 SE ABONARA EL 2 % ANUAL.

DEPOSITOS CON PREAVISO DE 30 DIAS PARA SU RETIRO

Se abonará:

4 % anual sobre los depósitos que permanezcan más de 90 días.
2 % anual sobre los depósitos que sean retirados antes de 90 días.

FARMACIA LA PAZ

ARMERIA FARMACIA LA PAZ
POL. J. BOUTOUILLER
Químico Farmacéutico

Prepara recetas para el Oficio
Químico de Oficio

Seguridad y pureza en la preparación
de los medicamentos

Av. GENERAL FLORES, esq. Blandengue

SARA

UNICOS IMPORTADORES
CARPINTERIA Y MUEBLERIA

¿NECESITA DINERO?

recorra a

LA CAJA OBRERA

Donde se le facilitará en las condiciones más liberales, con garantía hipotecaria o a dos firmas.

25 DE MAYO esq. Treinta y Tres
MONTEVIDEO

Asociación "Amigos del Jardín"

Acta de constitución del primer Comité Ejecutivo

En la ciudad de Montevideo, a los once días del mes de Febrero de mil novecientos treinta y uno, se reunieron en la terraza del Restaurant del Parque Rodó, los miembros que integran el Comité Ejecutivo de la Asociación "Amigos del Jardín", designados en la Asamblea General del 7 del corriente, señores Arnaldo Pedro Parrabére, Leopoldo Miguel, Walérico M. Larghi, Gesué Fogliani y Ernesto P. Mendy.

También asistió el Director de Paseos Arquitecto Juan A. Scasso.

A las 19 se declaró abierto el acto.

Se dió lectura al acta de la Asamblea del 7 de Febrero, la que fué aprobada sin observación.

De conformidad con lo establecido por los Estatutos en su artículo 18 se procedió, por votación secreta, a la distribución de cargos, con el resultado que se consagra en actas.

El Primer Comité Ejecutivo de la Asociación "Amigos del Jardín", por tres años, estará constituido en la siguiente forma:

Presidente: señor Arnaldo Pedro Parrabére; Vice Presidente: señor Leopoldo Miguel; Secretario: señor Walérico M. Larghi; Tesorero: señor Gesué Fogliani; Bibliotecario: señor Ernesto P. Mendy.

El Presidente electo deja constancia de su reconocimiento por al distinción de que acaba de ser objeto y espera realizar la labor en un ambiente de sana y leal fraternidad, acompañado de tan buenos asociados y confía en que, con el concurso del elemento femenino, podrá desarrollarse el plan de acción que determinan los Estatutos.

Por su parte, el Director de Paseos Arquitecto D. Juan A. Scasso, presentó sus felicitaciones al Comité Ejecutivo, al cual auguró muchos éxitos y se cambiaron opiniones acerca de la acción que se iniciará brevemente.

La sede de la Asociación será la Dirección de Paseos, Camino Reyes 1179. Se acordó realizar una visita, en corporación, a las distintas dependencias del Prado, la que comenzará por la Rosaleda.

Se presentarán los Estatutos al Gobierno solicitando Personería jurídica de lo que se encargará el señor Presidente.

Por moción del señor Walérico M. Larghi, se determinó mandar una nota de felicitación a las personas que fueron premiadas en el Concurso de Jardines del Centenario, organizado por la Dirección de Paseos y bajo el patrocinio del Concejo Departamental.

Queda autorizada la Mesa para mandar confeccionar las circulares de propaganda para la incorporación de nuevos asociados y de un impreso que establezca la finalidad de la Asociación.

Tratados otros asuntos de carácter interno, se levantó la sesión a la hora 20, acordándose celebrar la próxima reunión en cuanto el Poder Ejecutivo haya aprobado los Estatutos y otorgado la Personería Jurídica a la Asociación "Amigos del Jardín".

Leída, fué aprobada y firmada la presente acta. (Siguen las firmas).

La lucha contra el cáncer

Quienes salieron ganando

Muchas personas se han curado del cáncer. Son las que consultaron a sus respectivos médicos desde la aparición de los primeros síntomas. Propague esta buena nueva por todas partes. Salvará una vida humana y se lo agradecerá la Asociación Uruguaya de Lucha Contra el Cáncer.

Colabore con nosotros..

Para cooperar en todas las formas posibles al mayor desenvolvimiento y eficacia de la acción social que debe desarrollar el Instituto de Radio-

logía, que es Centro de Estudio y Lucha Contra el Cáncer, ha sido creada la Asociación Uruguaya de Lucha Contra el Cáncer. Si usted es patriota, colabore con dicha entidad, tanto moral como materialmente.

Tres cosas inconvenientes

La alimentación demasiado rápida, la masticación insuficiente y las comidas irregulares causan el cáncer del esófago, fatigan el estómago, lo irritan y tienden a hacer degenerar en cáncer las lesiones benignas que pueda haber allí. Se lo advierte la Asociación Uruguaya de Lucha Contra el cáncer.

El premio de la salvación

"El descuido del cáncer trae la sentencia de muerte; el cuidado, el premio de la salvación". Divulgue esta verdad entre los aquellos que están enfermos de ese mal y no creen en su posible cura. Ello será una de las formas más sencillas con que usted puede colaborar en la patriótica obra que realiza la Asociación Uruguaya de Lucha Contra el Cáncer.

\$ 7.500.000 anuales de pérdidas

Las 1.500 personas que en el año 1929 murieron de cáncer en nuestro país, representan un valor material de \$ 7.500.000 (siete millones y medio de pesos). Para evitar que la Nación siga sufriendo tan ingente pérdidas en vidas humanas, pérdidas que año tras año van aumentando, la Asociación Uruguaya de Lucha Contra el Cáncer realiza tan inten-

Enrique José Mochó

ABOGADO

SARANDI, 444



¿Ud. sabe a quien lo debo?

Es el Resultado del
EXTRACTO DE MENTA
MONTEVIDEANA
CERVECERIAS DEL URUGUAY MONTEVIDEO

sa campaña educadora en la prensa nacional.

¿Por qué se espera tanto?

Muchas personas atacadas de cáncer, sólo acuden al médico cuando la enfermedad está en grado extrema-

damente avanzado, restando toda posibilidad de curación. La Asociación Uruguaya de Lucha Contra el Cáncer le recuerda ahora y siempre que los descuidos pueden ser fatales. Si sospecha estar enfermo, hágase ver inmediatamente por un médico.

21

ya del don de la percepción clara. Porque entre todos aquellos muchachos que oían la misa en la capilla de los colegiales, había tantos espíritus frívolos sobre los cuales resbalaban las delicias más exquisitas, las más delicadas esencias impresionadas, sin dejar la más mínima huella, seres rutinarios que pasarían por las manos de los escultores de almas sin que, a pesar de todo el empeño de artistas maravillosos de la virtud que es don de privilegio en esos educadores de las juventudes, lograsen los discípulos de San Ignacio plasmar en sus almas el sello de su obra de catequistas del bien, de la moral y de la piedad. Saldrían del colegio formados intelectualmente; pero no conservarían para toda su vida como un perfume, el hábito de todas las virtudes que sus espíritus vulgares no pudieron comprender, ni amar, ni aquilatar. En el molde entraban todos, pero eran pocos los que, animados de buen espíritu y mejor voluntad, cooperaban a la labor educativa de sus maestros. Gracias que aun no hablaban mal de ellos al salir al mundo y les calumniaban villanamente, vengándose así de la disciplina escolar a que vivieron sometidos por expreso y libre consentimiento de sus familias. ¡Es tan frecuente el caso...!

Al terminar la misa y arrodillarse el Padre Prefecto a hacer su acción de gracias en la soledad de la capilla de los internos, escondida como joya de precio en el lugar más silencioso del soberbio edificio y no muy alejada del mágico rincón de Lourdes, pensó perplejo si convendría o no dejar que Gonzalito viese otra vez a su madre antes de que ésta se fuese definitivamente de Orihuea. En vista de la actitud desesperada del muchacho, era de temer otro espectáculo como el de la víspera y aquella explosión de rebeldía, de ira y de pesar, en nada favorecía al chico cuyo sistema nervioso estaba resistiendo una tensión increíble, ni a la madre que debía estar destrozada. Si de todos mo-

dos la decisión de la marquesa era irrevocable ¿a qué provocar otra escena difícil entre madre e hijo? ¿No sería mejor que se alejara sin renovar la herida abierta de la desesperación en aquella almita infantil dotada de una tan fina sensibilidad? ¿No sería más caritativo evitar al pequeño este nuevo dolor?

El Padre Prefecto que también se recuerda de los violentos instantes del día anterior, pareció acoger con simpatía esta idea. La madre se alejaría sin decir adiós otra vez al hijo y éste se iría calmando poquito a poco, como se calmaban todos los niños nuevos al contacto del gran sedante del tiempo. Pero, a la vez, el corazón del Padre Benavente, que era un corazón tierno y afectuoso, protestó enérgicamente. ¿Y no era cruel que aquella pobre madre se llevase a su casa, a más del dolor de separarse de su hijo, la visión atormentante del pequeño desesperado, en loca rebeldía, tal como le dejó el día primero, tal como le vió por última vez al cerrarse la puerta del vestíbulo? ¿No era duro dejarla alejarse sin el consuelo de besar por vez postrera a su hijito y secar sus abundantes lágrimas, unas lágrimas resignadas ya, que no dejarían en los labios de ella, al secarlas con sus besos de despedida, el sabor amargo de la desesperación del niño? El Padre Prefecto, inquieto e indeciso, pidió consejo a Jesús, el Divino Maestro, que entendía de todas estas misteriosas vacilaciones de las almas y sabía inspirar acertadas providencias. Y esperando que en el momento oportuno, Jesús dictase a su corazón las palabras justas y le indicase el camino a seguir, se levantó más calmado del comulgatorio para ir a cumplir sus cotidianas y nada fáciles obligaciones.

Entretanto Gonzalito, embutido en su bata de uniforme que a duras penas podía abotonarse por llevar debajo el abrigo, se sentaba de nuevo ante la mesa del comedor envidiando a Garrigós que engullía a dos carrillos su panecillo, su tazón de chocolate y un vaso de café con leche.

Gonzalito no tocó su desayuno. Tenía como un nudo en el gástrico que le impedía tragar, y un dolor de estómago muy grande con propensión al vómito. En vano el Inspector le instó a que se bebiese la leche por lo menos; se empujó en no abrir la boca y allí se estuvo con la mirada vaga y sombría perdida en la distancia de la tierra natal, haciendo un esfuerzo de memoria y de imaginación para retener el cuadro de hogar que su fantasía evocaba: la mesita coquetona y pequeña en el gabinete de mamá, el fuego encendido en la chimenea, el tazón de café con leche y las tostadas de manteca de vaca, la doncellita amable y risueña que le anudaba la servilleta y le partía diligente las tostadas en tiras largas para mejor hundirlas en el tazón, el perro lobo con las orejas enhiestas, fija su mirada inteligente y atenta en el cabo de las tostadas, obsequio que indefectiblemente le hacía su amigo; el Mineto mayando en demanda siquiera de una minúscula sopita. Y a través de los cristales de las altas ventanas, el trajín incesante de caballerías y de carros, el paso de los coches automóviles de "La Alcoyana" atestados de viajeros y la huerta y el sol y el peñascal... y el mar azul, allá en el infinito...

Gonzalito miró al frente y solamente vió el muro encalado del inmenso refectorio lleno de chicos que con muy buen apetito despachaban sus suntuosos desayunos, el lienzo de asuntos monásticos destacándose sobre el blanco de la pared zocalada de ricos ladrillos rameados, el púlpito de madera para el lector y el ir y venir reposado y vigilante de los Inspectores con sus bonetes llenos de picos. Le pareció todo feo, triste y desolador bajo aquellas altas naves abovedadas como el techo de una capilla. Con un nuevo escalofrío se encogió dentro de su gabán. Si hubiera asistido el Padre Castaños al refectorio, tal vez con sus buenas palabras hubiese conseguido hacerle tomar a Gonzalito siquiera medio vaso de leche, pero estaba en su lugar el segundo Inspector, un vasco alto, grueso, parco de pala-

bras y brusco de modales a quien los niños temían un poco a pesar de ser en el fondo un infeliz de quien abusaban los pequeños en ocasiones armando "follón" en el estudio. El Padre Sáez se contentaba con amenazar, pero llegaba el sábado y las U y O prometidas, quedaban reducidas a una E en conducta. El Padre Sáez no era nadie no obstante su aparatoso aspecto de ogro amenazador, pero era tan poco comunicativo y tan serio que los chiquillos se mantenían a distancia.

El chico nuevo no le había llamado la atención lo más mínimo. ¿Moraba? ¿No quería comer...? Era el pan nuestro de cada día. Ya se consolara poco a poco. A los niños no había que mirarlos demasiado porque cuanto más se les insistía para consolarlos dándoles ánimos, más hacían ellos el regañito. Era preferible atenderles convenientemente como la caridad y la humanidad ordenan y dejarles luego un poquito entregados a sí mismos para que aprendiesen a vivir conociendo los golpes y las contras de la existencia. Así se forman el carácter y la voluntad.

El Padre Sáez, no era observador, ni sentía predilección por los análisis psicológicos como el Padre Castaños; de serlo hubiese notado la lucecita trágica que brillaba en las foscas pupilas del marquesito de Collalbo y hubiese estado quizá de acuerdo con la teoría de su colega que sostenía que a todos los niños no se les podía tratar de igual manera, pese al espíritu de fraternidad y de igualdad de que estaba impregnado el reglamento del colegio. Había almas exquisitas que, tan niñas, avaloraban ya los más dedicados matices, almas comprensivas que sufrían y amaban intensamente, que paladeaban el bien y la belleza con suavísima delectación, almas predestinadas, almas escogidas por Dios para escalar las cumbres de la santidad. Y había espíritus vulgares cuya coraza de grosero materialismo, quizá atávico, les ponía a cien codos de todo sentimiento delicado, de toda impresión estética o piadosa. Espíritus igualmente acorazados contra las afecciones inten-

sas que contra el dolor demasiado vivo, almas indiferentes y frívolas que como plantas de pedregal resistían todos los climas morales sin inmutarse lo más mínimo; ¿Cómo era posible que pese a los principios igualitarios de la pedagogía del colegio, fuesen medidos aquellos diferentes individuos por el mismo rasero? Podrían ser moldeados todos en el molde de la Compañía, aplicarse a todos el mismo reglamento, el mismo sistema de educación, los mismos preceptos generales de estímulo y penalidad, pero en su trato particular con cada alumno, el Inspector (más directamente encargado de la formación moral de los chicos que los profesores cuyo cometido es puramente intelectual) forzosamente había de emplear normas distintas según la categoría de cada niño.

A Garrigós se le podían decir impunemente las mayores atrocidades sin miedo a que se le subiese el "pavo", o a que se le indigestase la comida a consecuencia del sofoco. Claro está que no se le decían; no es costumbre de los jesuitas atropellar a sus alumnos ni de palabra, ni de obra, aunque tal hayan querido decir quienes o los desconocen completamente porque no se educaron con ellos, ni los trataron, o los ingratos que no contentos con olvidar los grandes favores que recibieron en el colegio, descendiendo hasta la vil calumnia. En cambio, contrastando con la frescura de Garrigós, estaba la sensibilidad refinadísima del brigadier Manolo Ferreiro, a quien bastaba una mirada severa del Inspector o del Prefecto para dejarle avergonzado y sin apetito una semana entera. A este chico ejemplar, se le hubiese matado fácilmente a disgusto. No; el Padre Castaños sostendría siempre ante el Padre Sáez su principio de restricción pedagógica: "A todos los chicos no podía darse igual trato espiritual".

Pero como el bueno del Padre Sáez no entendía de estas triquiñuelas complicadas, contentábase con vigilar a los pequeños celosamente, cuidar de que comiesen cuando tuvieran gana, de que